

# Lo imaginario como articulador de los órdenes laboral y urbano

RAÚL NIETO CALLEJA\*

El presente ensayo intenta relacionar dos intereses teóricos que desde hace años me apasionan: por una parte los problemas referentes al mundo laboral —ahora entendido como algo más amplio que el trabajo industrial o momento productivo— y, por la otra, aquellos que son propios de las formas de vida contemporáneas en las grandes ciudades. Ambos órdenes son fundamentales en la cultura. Ésta puede ser entendida como el conjunto de actos y discursos donde se elabora la significación de las estructuras sociales y, por tanto, contribuye a la reproducción y transformación de las sociedades; también puede ser pensada como la matriz, consciente e inconsciente, que da significado al comportamiento social y a la creencia. Tal definición trata de poner en diálogo las dos grandes tradiciones con las que se ha pensado este término: tanto la perspectiva que portan las distintas tradiciones semiológicas de ella —que la conciben como un conjunto de estructuras significativas y simbólicas—, como aquellas tradiciones que enfatizan sobre todo lo demás un concepto de cultura como conducta o acción social —es decir, como un conjunto de prácticas sociales normativizadas, ritualizadas por medio de una dimensión o sistema valorativo o axiológico.<sup>1</sup>

## El orden laboral

Se debe empezar afirmando que no estamos proponiendo que *trabajo* sea igual a *producción* o que *ciudad* sea sinónimo de *consumo*. Entendemos que estos cuatro términos, al mismo tiempo que autonomía conceptual, establecen entre sí complejas relaciones de complementariedad, de oposición y superposición. Por ello, en este trabajo me propuse explorar y correlacionar dos ámbitos problemáticos: el orden urbano y el orden laboral; o, si se quiere de otra manera: el *habitar* y el *trabajar*. ¿Cuáles son las relaciones existentes entre el habitar y trabajar?, actividades diferenciadas, no sólo conceptualmente, sino escindidas en la percepción de las propias personas. Si habitar y trabajar son al mismo tiempo prácticas sociales y objeto de representación que permiten la construcción del sentido, ¿de qué manera específica se articulan en la experiencia urbana? Y finalmente ¿cuáles son las consecuencias sociales de esta articulación en una megalópolis como la de México? Éstas son las preguntas que intentamos atender en este ensayo.

El movimiento teórico implicado, en una empresa como la que proponemos, puede ser resumido como

\* Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

<sup>1</sup> Los universos simbólicos funcionan como una suerte de interfase que media entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo individual y lo social. La dimensión simbólica que posee la realidad ha sido objeto privilegiado de antropólogos de primer orden. Entre ellos podemos recordar a Edmund Leach, Claude Lévi-Strauss, Victor Turner, Clifford Geertz, Marshall D. Sahlins, Dan Sperber y Mary Douglas entre otros. Entre estructuralistas, simbólicos, cognitivistas, y posmodernos —si se me permite esta burda clasificación— no se ha logrado establecer un *corpus* teórico homogéneo, sin embargo la riqueza de sus planteamientos y enfoques nos han demostrado que para existir en el mundo social es necesario que los individuos participen de una dimensión simbólica. Que la cultura es entre otras cosas comunicación, construcción de sentido. No sobra reiterar que por esta vía —distinta de la Freud y de Lacan o de la de Berger y Luckmann— la antropología y la etnología construyen su propia vía para explicar la construcción social de la subjetividad. Tampoco sobra recordar con Krotz que la adjetivación del término cultura no parece resolver el problema sino complicarlo en la medida en que la anfibia se extiende a otros dominios.

aquel que va del mundo de las prácticas sociales al de las representaciones. En efecto, estas reflexiones surgen de haber explorado primero dimensiones de análisis macrocuantitativas y después haberlas contrastado y complementado con información micro, cualitativa y con una fuerte carga de subjetividad (Nieto, 1997). Explorar el complejo de relaciones arriba planteado implica —como veremos abajo— iniciar por una dimensión laboral, seguir por los ámbitos no laborales de la existencia, para poder finalmente llegar a lo lúdico; de la esfera del consumo cultural a la representación, uso, apropiación e imaginación de la ciudad. Permítaseme ahora presentar tales intereses como verdaderos campos problemáticos que se relacionan multivocalmente.

Por lo que respecta al trabajo, sabemos que éste no se realiza en el “vacío” sino que se lleva a cabo en una temporalidad y espacialidad determinadas histórica y socialmente. Desde estas dimensiones, el trabajo, en la sociedad capitalista, jugará un papel central en la estructuración del resto de las prácticas y procesos culturales (Sahlins, 1988).

Tales dimensiones (espacio-temporales), independientemente de su objetividad, dan lugar a distintos sistemas clasificatorios y categorías que son empleados y construidos por los sujetos, grupos y clases sociales. Las prácticas sociales, como los sujetos, clases y grupos que las realizan, no son homogéneas y por tanto una diferencia significativa entre ellas será el papel que se asigne al trabajo como elemento estructurador de la vida individual y social.

Por su parte la ciudad, considerada tanto como un orden social y como un dominio cultural, es el resultado de la superposición-complementariedad-oposición de distintos universos simbólicos y prácticas sociales en cuya estructuración el trabajo juega un papel fundamental. Ambos —universos y prácticas— son centrales en la constitución de un orden, cosmovisión, ideologías o imaginarios urbanos.

A esta altura no sobra preguntarnos ¿y qué es el trabajo? Para intentar dar una primera respuesta recordemos que el occidente latino construyó la noción de *laborare*, que quiere decir labrar, de la que se derivó en español —y en otras lenguas romances— el verbo laborar. Sin embargo, si buscamos el origen etimológico del sustantivo trabajo o del verbo trabajar vemos que estos vocablos probablemente se derivaron del latín vulgar *tripaliare*, que quería decir torturar con un *tripalium* —o sea torturar con un instrumento de tres palos—. Como se puede apreciar, desde la antigüedad el trabajo poseía una carga semántica negativa. En este mismo orden de ideas podemos afirmar que se utilizaba también para designar a un conjunto de

actividades, de ocupaciones tal vez coercitivas, compulsas, serviles o de seres no libres, es decir las asociadas al mundo de los esclavos.

Esta negatividad del trabajo queda más clara cuando exploramos el sentido original de una noción antónima del trabajo: el ocio. En aquella sociedad el ocio era el privilegio de los ciudadanos —es decir los hombres libres— y tenía como opuesto al no-ocio, es decir al negocio. Godelier ha planteado que “es interesante recordar que en Roma el ciudadano disfruta del *otium*, del ocio, y que quienes trabajan viven del *negotium*, (*nec-otium*, [que quiere decir] privado de ocio, de donde deriva la palabra en Romance...)” (1989: 163, cursivas del autor, corchetes míos). Con este origen etimológico podemos entender cómo la esfera de actividades no laborales y el consumo pueden y suelen ser pensados como tiempo libre, como tiempo de hombres libres, es decir como el tiempo ajeno al trabajo pero que se construye de cara, en oposición y complementariamente a éste; es en todo caso un tiempo libre de trabajo, es decir de la carga semántica negativa con que el trabajo ha sido investido.

Además de los orígenes etimológicos, el trabajo ha sido construido como concepto teórico. Permítaseme, de la infinidad de autores que han tocado el tema, quedarme con la problematización que de tal concepto hizo Marx hace más de un siglo, particularmente en *El Capital* (1872-1875). En esta obra aparece toda una visión históricamente construida acerca de cómo ha sido importante el trabajo en los procesos de hominización y propiamente ontológicos: así, en esta obra de madurez y no sólo en sus escritos juveniles, el trabajo es concebido como elemento portador de la esencia humana.

El trabajo, en tal propuesta teórica, aparece desdoblado en una gran cantidad de niveles de abstracción y generalidad, y puede ser presentado como constituido por diferentes pares de oposiciones que analíticamente implican diversos niveles de explicación y problematización de la realidad: así, a lo largo de la obra de Marx, se desarrollan conceptos más regionales que, a la primera función ontológica, agregan adjetivaciones que expanden el contenido semántico del término. Entre éstos se pueden mencionar los de trabajo simple y trabajo complejo; trabajo abstracto y trabajo concreto; trabajo social y trabajo individual; proceso de trabajo y estructura del trabajo; trabajo manual y trabajo intelectual; trabajo libre y trabajo asalariado; trabajo artesanal y trabajo manufacturero; trabajo manual y trabajo mecánico; trabajo industrial y trabajo no industrial; trabajo colectivo y trabajo personal, etcétera. Es evidente que un concepto de trabajo tan elaborado —polisémico— en todas sus acepciones y dimensiones,

aún posee valor heurístico que ayuda a explicar, a estructurar y a construir la totalidad del orden social y no sólo del económico.

Ni qué decir del papel que el trabajo juega en el cuerpo teórico del marxismo, donde encontramos en la teoría del valor-trabajo no sólo un sustrato ontológico del sujeto y orden sociales, sino el fundamento de toda una teleología de la acción política y de la historia misma. Tales teleologías son precisamente ahora objeto de nueva revisión. En efecto, en la actualidad, casi como una moda, y a contracorriente de lo que Marx y otros pensadores y tradiciones de reflexión social han afirmado, se insiste en el carácter no laboral de la sociedad contemporánea; es decir, se insiste en la pérdida de centralidad del trabajo en la constitución de los procesos de sociabilidad y en la acción política.<sup>2</sup>

No obstante lo anterior, aún podemos reconocer el peso del marxismo como una teoría social que posee gran capacidad explicativa para los problemas del trabajo. El marxismo es tan amplio como cuerpo teórico que, aunque en su formulación original no problematiza la dimensión subjetiva del trabajo, sí nos permite en cambio reconocer en él la centralidad que posee en el orden societal y extenderla a otros procesos culturales y de significación. No sobra reiterar el papel central que juega el trabajo en nuestra sociedad como estructurador de la dimensión simbólica y gran organizador de la praxis social. Esto es así porque el trabajo, además de acción, de práctica social, de conducta, es representación, significación, construcción de sentido. Pero esta complejidad no es privativa del trabajo, es inherente a cualquier fenómeno cultural.

A partir de lo anterior, respecto al trabajo podemos hacer las siguientes afirmaciones:

1. A pesar de los crecientes niveles de desempleo (no sólo en México, sino internacionales), los seres humanos siguen constituyendo su ser social a través de relaciones sociales **en y con** el mundo

laboral, aunque estas relaciones se fundamenten o expresen en la marginación o en la negación del trabajo. La ausencia o carencia del trabajo sólo agrega otra significación del mismo pero no la anula y por ello sigue siendo un elemento fundamental en la estructuración de prácticas y procesos que se verifican en la sociedad.

2. La dimensión simbólica del trabajo es intrínseca a él. Esta dimensión no es ni una consecuencia, ni un epifenómeno de la experiencia material e individual del trabajo. Los procesos que conducen a la inserción (o no-inserción) individual en el trabajo son el resultado de procesos colectivos que asignan sentidos, valores, opciones y formas de relaciones sociales específicas a estas posibles inserciones. No es explicable la construcción material de cualquier relación laboral sin este proceso cultural.
3. Así, el proceso cultural de la construcción social del trabajo resulta una suerte de cara oscura del trabajo en la sociedad. La constitución simbólica del orden social del trabajo —y de la mercancía como el fundamento de la sociedad— oculta precisamente su naturaleza simbólica y postula que este orden es ineludible y materialmente inescapable. La etnografía de las sociedades no capitalistas revela lo contrario y conduce a preguntarse qué constituye este orden simbólico y cómo este orden interactúa con otros órdenes sociales. Este lado oscuro o invisible del trabajo es así porque en esta sociedad el trabajo humano sigue siendo aún la mercancía más importante, y como tal porta el fetichismo y atributos inherentes a cualquier mercancía en el capitalismo.
4. En la ciudad se mantiene la centralidad social y simbólica del trabajo. La ciudad es construida, social y simbólicamente, por el trabajo, con sus tiempos y en sus espacios, en sus distancias, separaciones y oposiciones. En la ciudad

<sup>2</sup> El sociólogo francés André Gorz en los ochenta dijo *Adiós al proletariado* (1980) al reconocer el peso decreciente —social y político— de la figura del obrero industrial en las sociedades capitalistas avanzadas. En ese planteamiento, dirigido a la izquierda tradicional, se sintetizaban algunas ideas ya presentes en *La sociedad post-industrial* [1973] de A. Touraine. Desde entonces se propusieron como alternativos conceptos tales como *capitalismo tardío*, *sociedad de consumo*, *sociedad de masas*, *sociedad poslaboral*, *sociedad de ocio* para tratar de dar cuenta de los cambios sociales más notables en el mundo contemporáneo. Sería muy difícil ubicar a los principales promotores de esta “nueva” perspectiva teórica —cuyos antecedentes pueden bien ubicarse en el siglo XIX—. Sin embargo en un reciente trabajo de Antunes, *Adeus ao trabalho?: Ensaio sobre as metamorfoses e a centralidade do mundo do trabalho* (1996), se polemiza y valoran las distintas aportaciones de autores contemporáneos tan diversos como: André Gorz, Jürgen Habermas, Clauss Offe, Benjamin Coriat, Alain Touraine, Jean Lojkine, Fergus Murray, Adam Schaff, Ernest Mandel, István Mészáros, Robert Kurz, Alain Bihl, Thomas Gounet, Frank Annunziato, David Harvey y Simon Clarke, entre otros. Antunes plantea que “...como desbordamiento analítico de las transformaciones en curso, nos parecen inevitables las siguientes preguntas: ¿la categoría *trabajo* ya no está dotada del estatuto de centralidad, en el universo de la *praxis* humana existente en la sociedad contemporánea? ¿la llamada “crisis de la sociedad del trabajo” debe ser entendida como el fin de la posibilidad de la *revolución del trabajo*? ¿El trabajo ya no es más elemento estructurante de una nueva forma de sociabilidad humana? ¿No es sino *protoforma* de actividad humana, necesidad de efectuar el intercambio entre el hombre y la naturaleza?” (1996: 10, cursivas del autor, traducción mía).

capitalista —de manera particular— la definición de la vida social en una estructura de jornadas (es decir, de momentos separados de trabajo y ocio, de espacios exclusivos para el trabajo segregados de aquellos especializados para la reproducción y el ocio, de actores “trabajadores” frente a otros que no lo son) opera de manera determinante y específicamente capitalista en la construcción material y simbólica existente e impuesta a los sujetos.

5. Por último, se puede afirmar que el conjunto de relaciones establecidas entre el trabajo, la cultura y el orden societal y urbano está cambiando. En efecto, una de las consecuencias poco exploradas del nuevo modelo de acumulación, de la globalización y de las prácticas neoliberales, ha sido la deconstrucción de muchos de los sentidos y de las oposiciones del capitalismo clásico. Se hace necesario no sólo entender la construcción social y simbólica del trabajo sino mostrar la reelaboración de estas relaciones en un periodo de cambio.

## El orden urbano

Hechas estas afirmaciones ya es posible poner en juego un elemento que queremos hacer relevante: *la experiencia urbana*. Sin duda, desde un punto de vista laboral, la ciudad representa un gran abanico de posibilidades: asalariadas y no asalariadas, formales o informales, industriales y no industriales, etcétera. Sin embargo todas ellas se dan en un contexto que funciona como un continente de un conjunto de elementos diversos, que no logra homogeneizar. No sobra reiterar que trabajar es una práctica social, pero también implica un proceso de construcción de sentido que se realiza mediante procesos de significación.

Por su parte, la ciudad reproduce la misma dicotomía heurística: puede ser abordada como acción —acto de habitar— o intentar comprender la dimensión simbólica donde se inviste de significado, se carga de sentido la vida urbana. Por ello preferimos hablar por lo pronto de experiencia tratando de denotar con este término tanto las dos dimensiones anteriores —acción y significación— como los dos tipos de prácticas: habitar y trabajar.

Hemos insistido en que el habitar y el trabajar van de la mano, y que el ocio no empieza donde termina el trabajo. Que el trabajo puede ser negatividad, pero también puede ser investido de un significado positivo. Que al terminar la jornada laboral diaria, por la que las personas son remuneradas, el trabajo (entendido como

actividades reproductivas) reaparece, en esos espacios, lugares y tiempos supuestamente libres de trabajo. A manera de ejemplo, en una encuesta que realizamos en más de mil hogares del área metropolitana de la ciudad de México encontramos que 23 de cada 100 personas entrevistadas, durante los fines de semana —temporalidad socialmente destinada al descanso— simplemente “trabajan” o realizan quehaceres domésticos.

¿Dónde termina el trabajo y empieza el ocio? Los términos *descanso y ocio*, aunque emparentados y a veces usados como sinónimos, no significan lo mismo: quitar el cansancio, reponerlas energías, reconstituirse física y psíquicamente, son acciones distintas que cesar de trabajar, inacción o total omisión de actividad que son las tres primeras definiciones de **ocio** dadas por el *Diccionario de la Lengua Española* (Real Academia Española, 1992, vol. II: 1463-4). Sorprende en estas definiciones la superposición entre ambas y el que se construyan en oposición al trabajo. Ambos términos refieren a un mundo del *no-trabajo*, a espacios y tiempos libres de trabajo. Es precisamente en esos lugares donde la elección y la compulsión aparecen y cargan de positividad o negatividad las actividades que se realicen o dejen de hacerse. Podemos reconocer en el tejido urbano la existencia de mundos electivos y compulsos; y en ellos podemos apreciar que no necesariamente se corresponden, de manera unívoca, con el trabajo y el no-trabajo.

Por actividades compulsas (o coercitivas) estamos designando aquellas que forman *la parte obligatoria* de la vida, de la que no pueden escapar los sujetos y que suelen estar asociadas a un mundo de rutina que existe desde luego en el trabajo, pero no sólo en él, reaparece metonímicamente en la escuela, en la crianza de niños, en las actividades del abasto, del quehacer doméstico, del mantenimiento de la casa, etcétera. En ellas los sujetos muchas veces se perciben a sí mismos como prisioneros, como atrapados. Por su parte, al lado de este mundo de compulsión, existe otro conjunto de prácticas sociales en las que el individuo puede optar, escoger (consciente o inconscientemente, no importa), donde da rienda a una dimensión subjetiva o interior de sí mismo, donde reaparece el deseo y que, por oposición a las primeras, aparecen como excepcionales, no rutinarias. A este conjunto de actividades, por ser experimentadas como carentes de coerción social para su ejecución, las denominé electivas. Bajo esta denominación entiendo aquel conjunto de otras actividades en las que los sujetos pueden, dentro de ciertas condiciones y limitaciones objetivas, subjetivamente optar por realizarlas, o no, tales como lo que de forma corriente se denomina tiempo libre, ocio,

juego, fiesta o, en otras coordenadas teóricas, consumo cultural.

Podemos plantear que existe una íntima conexión entre ambas dimensiones de la existencia y que entre ellas se teje una red de significado que da sentido a la vida individual y permite integrar al sujeto a una dimensión familiar, grupal y social mayor, donde mediante distintos procesos de socialización se comparte la experiencia de la construcción de distintos mundos de vida urbanos, en apariencia excluyentes pero, finalmente, articulados.

Los mundos de actividades compulsas y electivas pueden ser presentados bajo la dicotomía que se puede establecer entre el trabajo y el juego. Ambas dimensiones articulan un conjunto de oposiciones que binariamente se desdobl原因an y transmiten sus cargas semánticas a otras partes de la existencia humana. Así, el trabajo devino en quehacer, en rutina, en tedio, mientras que el juego da sus sentidos a lo excepcional, a la fiesta, al placer. Podemos proponer al imaginario urbano como una dimensión relevante que articula ambas dimensiones de la existencia.

## Lo imaginario

La ciudad no es sólo el escenario e distintas prácticas sociales, es decir un lugar, un sitio, sino que también puede ser considerada como una trama que objetivamente sostiene el sentido de una vida cada vez más secularizada, donde lo ritual adquiere una dimensión familiar, vecinal, grupal y permite establecer conexiones, vasos comunicantes, con otros mundos de vida como el mundo del trabajo y aquellos otros que metonímicamente se relacionan con él. Comprender esta articulación nos permitirá entender la semiosis con que ha sido pensada, representada y vivida la ciudad. Las estructuras imaginarias de la ciudad son una dimensión que debe ser pensada como esa red elaborada, organizada, reactualizada colectiva y socialmente, que da fundamento a las prácticas individuales en un entorno social. El imaginario

urbano constituye una dimensión por medio de la cual los distintos habitantes de una ciudad representan, significan y dan sentido a sus distintas prácticas cotidianas en el acto de habitar; constituye una dimensión en la que se establecen distintas identidades, pero —y esto es muy importante— también se reconocen diferencias.

El imaginario está constituido por un conjunto de prácticas sociales en las que es posible distinguir los distintos registros, marcas, procesos subjetivos, individuales, pero que —no por ello— dejan de ser compartidos con otros miembros de la sociedad urbana. En el imaginario se establecen los mecanismos de identidad y pertenencia urbanas, pero además de la alteridad también se reproducen la diferenciación, la distinción y la segregación social. De esta manera la ciudad es cargada subjetivamente de significaciones, de sentimientos, de proyectos de vida individuales, familiares y grupales, donde la biografía cobra sentido en una historia colectiva. Nos remite pues al problema de los distintos niveles y sentidos de la existencia.

El aprendizaje de las estructuras imaginarias es también un acto de aprehensión donde se incorpora al bagaje individual un capital de cargas simbólicas con que han sido investidos distintos lugares públicos y privados, lejanos y cercanos, familiares y extraños en la ciudad: las calles y avenidas, las plazas, los parques, los cines, los cafés, las loncherías, las estaciones del metro (Augé, 1987), las misceláneas y centros comerciales locales, etcétera. Estos conocimientos y elaboraciones forman parte de un capital simbólico colectivo, que se adquiere por el acto de nacer y/o vivir en esta ciudad, de la que se habla en la casa (cuya primera experiencia se adquiere bajo el rostro de la calle y barrio familiares); en los distintos recorridos que se hacen del vecindario, primero, y más tarde de la ciudad, y en una megaciudad como el Distrito Federal a través de lo que elaboran y difunden los *mass media*. Gracias a este proceso es posible establecer la diferencia al tiempo que la identidad; establecer lo que



cambia y lo que permanece. La ciudad por medio del imaginario se transforma y deja evidencias del trabajo presente y del pasado.

Las dicotomías sólo son defendibles con fines analíticos. Así, es posible escindir el mundo del trabajo de los otros mundos de vida en que se desempeñan los habitantes urbanos. Sin embargo, también podemos establecer que en el acto de trabajar en la ciudad se puede reconocer una experiencia cotidiana, social y colectivamente construida por millones de habitantes todos los días.

La polivalencia teórica identificada en el trabajo se corresponde con la polisemia que resurge a un nivel individual de la experiencia laboral, y esto es así porque el trabajo puede pertenecer tanto al dominio de la compulsión como al de la elección; puede ser el objetivo siempre buscado y nunca plenamente alcanzado; puede ser objeto de adicción o de repulsión, de pasión o de tedio; puede proporcionar *status* o distinción (Bourdieu, 1988) o bien ser fuente de estigma social; puede ser motivo de orgullo y riqueza o de escarnio y pobreza; puede investir de honor, dignidad y honradez a quien lo realiza, o bien ser la fuente de su vergüenza, deshonor y vileza, etcétera. Por su parte a la ciudad, al acto de habitar, se les pueden aplicar los mismos sustantivos y adjetivos e investirlos de los mismos significados positivos y negativos.

La experiencia individual se expresa en un conjunto de prácticas asociadas al acto de trabajar y habitar de manera común y simultánea en la ciudad, lo que establece entre ambos actos una semiosis común. En estas prácticas es reconocible un tejido de representaciones colectivamente compartido y construido respecto de la ciudad. Sin embargo, tal tejido de significados y prácticas no apunta hacia una homogeneización social, sino que, por el contrario, señala una mayor heterogeneidad y desigualdad en el acto de habitar y representar la ciudad; tal desigualdad —estructuralmente— no surge del habitar, sino que en esta dimensión sólo se reelabora; la desigualdad se estructura en el mundo laboral, y desde ahí impregna al resto de la vida social.

Así, la ciudad, considerada culturalmente, es el resultado de la superposición-complementariedad-oposición de distintos universos simbólicos en cuya estructuración en el trabajo juega un papel fundamental (Nieto y Nivón, 1994). Trabajo y ciudad no sólo se han conectado por medio del universo de las prácticas sociales que comparten; también lo han hecho en una dimensión simbólica. De esta manera el estudio de la estructuración simbólica de (y en) la ciudad supone varios niveles de análisis:

1. La existencia de la ciudad como una realidad previa, anterior o —¿tal vez?— objetiva en la que los sujetos “aparecen”, nacen, se desarrollan e interactúan. Esta ciudad no es sólo un mundo de objetos materiales, arquitectónicos, viales, etcétera, sino ante todo un conjunto de relaciones sociales que se articulan y dan lugar a la intersección de distintos universos simbólicos (Augé, 1987 y 1993; DaMatta, 1987; Lefebvre, 1976a y 1976b; Ostrowtsky, 1983; Lechner, 1982, 1983a, 1983b, 1983c; García Canclini, 1991 y Signorelli, 1987).
2. La ciudad es construida de manera independiente de los sujetos por “un otro significativo” quien la inviste de significados que pueden ser comunicables, transmisibles, modificables, reproducibles (Silva, 1992).
3. Para que exista un nivel de internalización y significación de la dimensión simbólica de la ciudad es necesario que esa gramática sea aprendida por los sujetos mediante distintos procesos de socialización en los que es resemantizada por las nuevas experiencias de los mismos sujetos (Silva, 1992; Hall, 1973).
4. La articulación de prácticas y procesos de significación es por definición un acto de apropiación en que los sujetos son activos. Por medio de *praxis* se apropian de sentidos, de significantes que ellos no han elaborado pero que hacen propios de una manera particular al investirlos de significado (De Certeau, 1984; Augé, 1987 y 1993).

Haciendo relevante el territorio de la significación e imaginarios es posible afirmar que en megaciudades como la de México (Ward, 1991) es posible aprehender distintas formas particulares de habitarla, representarla, significarla y al mismo tiempo establecer los principios generales de comunicabilidad en los que se basa una experiencia común, aunque compartida de forma diferente.

Sobre este conjunto de premisas proponemos la siguiente recapitulación para avanzar, más allá de la “dureza” del dato socioeconómico, en el conocimiento de una ciudad que llamamos imaginaria en la medida en que se construye, se negocia, se elabora y modifica de manera subjetiva por los habitantes urbanos y, tal vez lo más importante, se comparte en un tejido social, en una trama semiótica elaborada de forma social:

1. La ciudad, en su aparente ininteligibilidad subjetiva, o inaprehensibilidad como objeto de conocimiento empírico, aparece como algo más

que la suma de actividades y, procesos de representación y significación individuales; a pesar de una apariencia de continuidad e inabarcabilidad es posible abordarla subjetiva y cognitivamente

2. En la ciudad la noción misma de trabajo parece requerir en el contexto contemporáneo una redefinición que lo ubique de nuevo en el centro en las grandes transformaciones a las que, al parecer, de manera imperceptible hemos entrado. Esto significa reconocer el peso de una dimensión laboral que va más allá de la fábrica, de los establecimientos industriales y formales y reconocer que el trabajo invade la vida y los espacios privados, es decir, reconocer la pertinencia de reconsiderar a los servicios, a los sectores informales y a otras formas de trabajo "invisible" (como el infantil y el doméstico).
3. Las relaciones sociales más significativas de los habitantes urbanos operan dentro de linderos invisibles pero que objetivamente funcionan en la construcción de un imaginario acerca de lo que se considera cerca o lejos, adentro o afuera, propio a ajeno, etcétera.
4. La ciudad existe objetiva e independientemente de las prácticas cotidianas urbanas. Y esta objetividad, exterioridad en algunos casos, es representada y vivida de distinta manera. Con esta tensión en ella se establece un adentro y un afuera de casa, un espacio público y uno privado, un ambiente laboral y uno extralaboral que moldean y configuran la experiencia de habitar la ciudad.
5. El imaginario urbano es gnoseología urbana del ser y estar, del habitar y el trabajar, implica conocimiento de la ciudad, de las distintas marcas urbanas. En efecto, la ciudad se conoce, reconoce, apropia, utiliza y desecha. También, por medio del conjunto prácticas individuales y de pequeño grupo con los que se establece una, por así decirlo, dimensión humana de la megalópolis. De esta manera reaparece la ciudad como algo conocible, dominable, abarcable. Estas prácticas cognitivas establecen marcas urbanas, con representación particular, que son procesadas en el acto de estudiar, trabajar y abastecerse... en suma, de habitarla todos los días. En esta dimensión tiempo y espacio son fundamentales.

¿Qué se entiende por espacio y tiempo? ¿Cómo determina la ciudad al trabajo en aspectos tales como la temporalidad, la espacialidad y la sociabilidad? Si

se me permite haré una cita de Leach, quien en su *Cultura y comunicación* tiene un apartado donde plantea al tiempo y al espacio como representaciones recíprocas y, en otro, donde discute los límites del espacio y el tiempo sociales:

Podemos ver esto más fácilmente en la manera en que segmentamos nuestras actividades normales. Cada semana de trabajo, que progresa de un modo normal de lunes a sábado, se separa de la siguiente por un domingo, un tiempo anormal de vacación [*holiday*], un día sagrado [*holiday*] cuya característica fundamental es que en él nada acontece. Y así también con cada día de veinticuatro horas de la vida ordinaria; los periodos de actividad laboral normal están separados por intervalos de "intemporalidad" que de alguna manera no cuentan: pero de hecho se dedican a comer y a dormir [...y un párrafo adelante agrega:] Esta discusión general de los límites del espacio y del tiempo implica otra serie de equivalencias metafóricas fundamentales, es decir: normal/anormal :: temporal/intemporal :: categorías bien delimitadas/categorías ambiguas :: central/marginal :: profano/sagrado (1978: 47).

En este sentido, cuando afirmo que la ciudad determina aspectos de la temporalidad, de la espacialidad, de la sociabilidad y del sentido del trabajo, en otras palabras, estoy diciendo que el cuándo, el dónde, el cómo y el para qué del trabajo encuentran parte de su respuesta, parte de su sentido, de su significado, en la propia ciudad y que estas relaciones son multívocas.

### Colofón

Más que certezas surgen interrogantes: ¿Cuáles son las maneras en que el trabajo sigue siendo central?, ¿cómo mantiene su centralidad el trabajo en las nuevas formas de vida contemporáneas?, ¿qué sucede cuando el habitar, el consumir y el jugar significan trabajo y comprenden diversas actividades relacionadas? o ¿cuál es la naturaleza del trabajo reproductivo? Sobre este arsenal podría comentar lo siguiente: Sin duda, el sentido individual del trabajo puede diferir notablemente según distintas posiciones que se ocupen en él, según los ingresos que se perciban, según el lugar en que se habite y según todas las diferencias sociales y genéricas que podemos identificar en términos sociodemográficos. Efectivamente, el consumo y todos los servicios implican grandes dosis de trabajo social. Podríamos admitir que la tercera revolución industrial implica una transformación fundamental

del capitalismo y, no sé en que medida —si se me permite el sarcasmo—, el fin del primer socialismo real. Sin embargo tal revolución industrial no implica la abolición de la industria, del trabajo o el advenimiento de un mundo postlaboral o postindustrial. Por el contrario, a partir de la revolución de la microelectrónica, de la biotecnología y de la informática asistimos en el terreno productivo al surgimiento de nuevas industrias y servicios, que claramente se diferencian del clásico trabajo industrial. Estas industrias producen incesantemente bienes cuya naturaleza es cada vez más nítidamente simbólica. Entre estas formas nuevas podemos ubicar claramente —entre otras— a las industrias culturales y a los *mass media*. Me temo que no sólo metafóricamente podríamos pensar al Internet como *la red laboral más grande que actualmente existe en nuestro planeta*. Y, ¿qué es lo que se produce y circula en Internet? Bienes de naturaleza simbólica, información, realidades, que, no por virtuales, dejan de ser producto del trabajo humano de decenas de miles de estaciones de trabajo en todo el planeta y que pueden estar alojadas en el espacio doméstico, en el ámbito privado. Por esto parece ir tomando cada vez más fuerza la idea de un nuevo ordenamiento informacional de la sociedad.

Sin embargo, aliado de estos hipermodernos contextos laborales subsisten, también a escala planetaria, las formas más degradadas, precarias, del trabajo y el subempleo. Paradójicamente el ocio adquiere conexión con el desempleo. Qué pasa en este contexto con las viejas culturas laborales, con las antiguas ocupaciones. Yo creo que se conservan en espacios intersticiales de un capitalismo, ahora sí globalizado. Es en este terreno donde puede reubicarse no sólo la resignificación del trabajo, las culturas obreras y laborales, sino la recomposición de la sociedad entera. Insisto en que es urgente quitar la invisibilidad que portan tanto las nuevas como las anteriores formas laborales que es necesario asumir que el consumo implica trabajo, que ya no se puede mantener una rígida distinción entre lo productivo e improductivo y que hay que conceptualizar a los servicios como un área privilegiada del trabajo.

No sobra reiterar que nunca ha existido una sola cultura obrera o cultura laboral, entre otras cosas porque no existe una sola forma de experimentar la experiencia laboral y por tanto de simbolizarla. Sin embargo, la naturaleza individual de la experiencia laboral no significa incomunicabilidad. Precisamente por poseer tal dimensión comunicativa es que pueden constituirse sociolectos, islas de significado donde lo laboral encuentra su sentido. No sobra recuperar la pista que nos sugiere Menéndez para abordar al

*ethos* laboral; para entender el significado del trabajo no sólo como una categoría objetiva de análisis, sino como un proceso de elaboración subjetiva cargado de negatividad. Implica procesos de valoración simbólica construidos colectivamente y compartidos entre los sujetos por medio de los cuales se asignan, interpelan, modifican y transforman los valores asociados al trabajo. En este sentido, la significación subjetiva siempre es socialmente construida y no un atributo que psíquica o personalmente se porte, elabore y agote. Finalmente cabe señalar que el *ethos* laboral puede ser pensado como los estados mentales, imaginarios, ideológicos y morales que son resultado de la interiorización de distintas experiencias, genealogías y biografías laborales.

Quisiera comentar que este ensayo, antes que un adiós nostálgico o gorziano al proletariado o al trabajo, implica una suerte de reencuentro con él; que, en todo caso, si experimento alguna nostalgia es por ese crepitar de banderas rojas, que alguna vez acompañó al trabajo. Para concluir quisiera reiterar algo que he sostenido a lo largo de este ensayo: el orden urbano y el orden laboral —a la manera de los ríos— son tributarios de un orden social que está fundado en la desigualdad y en la existencia de clases sociales. En la ciudad esta desigualdad social se expresa en la diferenciación reconocible en las prácticas sociales que realizan sus habitantes. Entre estas prácticas, las culturales, la reproducen con importante nitidez. El riesgo, en cualquier caso, es que en nombre del relativismo cultural, se pretenda pasar como “naturales” diferencias que no sólo son culturales, sino sociales. Es claro que no toda diferencia cultural necesariamente es desigualdad social; pero la desigualdad social con la que vivimos en la sociedad contemporánea adquirió el rostro de la diferencia cultural.

## Bibliografía

- AUGÉ, MARC  
1987 *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el metro*, Barcelona, Gedisa.  
1993 *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobre modernidad*, Barcelona, Gedisa [1992].
- ANTUNES, RICARDO  
1996 *Adeus ao trabalho?: Ensaio sobre as metamorfoses e a centralidade do mundo do trabalho*, Campinas-San Pablo, Cortez Editora/Editora da UNICAMP.
- BERGER, PETER  
1980 *La construcción social de la realidad*, Madrid, Taurus [1966, con Thomas Luckmann].
- BOURDIEU, PIERRE  
1988 *La distinción. Criterio y bases sociales del Gusto*, Madrid, Taurus [1979].

- DAMATTA, ROBERTO  
1987 "Espaço: casa rua e outro mundo: o caso de Brasil", en *A coisa & a rua. Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil*, Río de Janeiro, Editora Guanabara.
- DE CERTEAU, MICHEL  
1984 "Walking the city", en *The practice of everyday life*, Berkeley, University of California Press [1974].
- DOUGLAS, MARY  
1973 *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Madrid, Siglo XXI [1966].  
1978 *Implicit meanings. Essays in Anthropology*, Londres, Routledge & Keegan Paul.  
1989 *El mundo de los bienes*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo [1979, con Baron Isherwood].
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR  
1990 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo.  
1993 *El consumo cultural en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Col. pensar la cultura).  
1994 *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y video en México*, México, IMCINE/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- GEERTZ, CLIFFORD  
1987 *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa.
- GODELIER, MAURICE  
1989 *Lo ideal y lo material*, Madrid, Taurus [1984].
- GORZ, ANDRÉ  
1980 *Adiós al proletariado*, Buenos Aires, Ediciones El cielo por asalto, Imago Mundi.
- HABERMAS, JÜRGEN  
1989a *Teoría de la Acción Comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra [1984].  
1989b *El discurso político de la modernidad*, Madrid, Taurus [1987].
- HALL, EDWARD T.  
1973 *La dimensión oculta*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local (México, Siglo XXI) [1969].
- KROTZ HEBERLE, ESTEBAN  
1993 *La cultura adjetivada*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- LEACH, EDMUND R.  
1978 *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*, Madrid, Siglo XXI de España [1976].
- LECHNER, ROBERT  
1982 *Notas sobre la vida cotidiana I. Habitar, trabajar, consumir*. Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (mimeo).  
1983a *Notas sobre la vida cotidiana II. Agonía y protesta de la sociabilidad*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (mimeo).  
1983b *Notas sobre la vida cotidiana*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Material de discusión núm. 50).  
1983c *Notas sobre la vida cotidiana*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Material de discusión núm. 53).
- LEFEBVRE, HENRI  
1976a "Introducción a la psicología cotidiana", en *De lo rural a lo urbano*, Buenos Aires, Ediciones Lotus Mare, pp. 85-102.  
1976b "Los nuevos conjuntos urbanos", en *De lo rural a lo urbano*, Buenos Aires, Ediciones Lotus Mare, pp. 103-122.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE  
1992 *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós [1958].
- MARX, KARL  
1975-1981 *El capital. Crítica de la economía política*. 3 tomos, 8 vols. México, Siglo XXI editores [1872-1875].
- MENÉNDEZ, EDUARDO L.  
1987 "Trabajo y significación subjetiva. Continuidad cultural, determinación económica y negatividad", en *Cuicuilco*, núm. 19, pp. 31-41, Escuela Nacional de Antropología e Historia (México).
- NIETO, RAÚL  
1997 *El trabajo y la construcción de un orden urbano. Un estudio de prácticas y procesos sociales y culturales en la Ciudad de México*, tesis de doctorado, Guadalajara, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente/Universidad de Guadalajara.
- NIETO, RAÚL Y EDUARDO NIVÓN  
1994 "Etnografía, ciudad y modernidad: hacia una visión de la metrópoli desde la periferia urbana" en *Alteridades*, año 3, núm. 5, pp. 69-77, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (México).
- OSTROWTSKY, SYLVIA  
1983 *L'imaginaire batisseur. Les villes nouvelles françaises*, París, Librairie des meridiens.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
1992 *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Real Academia Española, vol. II, pp. 1463-4.
- SAHLINS, MARSHALL  
1988 *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría antropológica*, México, Gedisa [1976].
- SIGNORELLI, AMALIA  
1987 "Espacio urbano como experiencia cultural", en Giménez (comp.), *La teoría y el análisis de la cultura*, México, Secretaría de Educación Pública/Universidad de Guadalajara/Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (Programa Nacional de Formación de Profesores Universitarios en Ciencias Sociales), pp. 329-343.
- SILVA, ARMANDO  
1992 *Imaginario urbano*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- SOJA, EDWARD W.  
1989 *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres-Nueva York, Verso, NLB.
- TOURAINÉ, ALAIN  
1973 *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel [1969].
- TURNER, VICTOR  
1980 *La selva de los símbolos*, Madrid, Siglo XXI [1967].  
1987 *The Anthropology of Performance*, Nueva York, PAJ Publications.  
1988 *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Madrid, Taurus [1969].
- WARD M., PETER  
1991 *México: una megaciudad. Producción y reproducción de un ambiente urbano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial.